**Amaro: Entre la Rabia y la Reflexión**:

Amaro tenía 16 años y un sueño: construir un futuro mejor para su familia. En su tierra natal, las oportunidades eran escasas, pero él se negaba a perder la esperanza. Un día, su madre le habló de Chile, un país lejano donde, según decían, los sueños podían hacerse realidad. Amaro sintió una chispa de ilusión y supo que debían intentarlo.

Amaro era un joven tímido, pero curioso. Siempre había sido buen estudiante, y cuando consiguió un cupo en un instituto emblemático del centro de la ciudad, se sintió orgulloso. Era un lugar conocido por su tradición académica y también por su fuerte espíritu de lucha estudiantil. Amaro entró con miedo, pero también con esperanza de encajar y sobresalir.

Desde el primer día, se dio cuenta de que las cosas no serían fáciles, pero no por la discriminación, sino por el ritmo de estudio. Algunos compañeros se acercaron para ayudarlo a ponerse al día, compartiendo apuntes y explicándole los temas que no entendía. Amaro se sintió agradecido por esta muestra de compañerismo y rápidamente hizo nuevos amigos.

Uno de esos amigos era Joaquín, un joven carismático que lideraba el grupo de estudiantes que vestían con el famoso "overol". Estos jóvenes eran la cara visible de las manifestaciones, los que se enfrentaban a carabineros en protestas y levantaban consignas por una educación digna. Amaro admiraba su valentía y su pasión. Poco a poco, empezó a sentirse parte del movimiento.

"Amaro, tú también tienes derecho a luchar por lo que es justo", le dijo Joaquín un día, mientras pintaban un lienzo para una marcha. "Esto no es solo por nosotros, es por todos los que vienen detrás. Por tus hermanos, por los que no tienen voz".

El mensaje marco hondo en Amaro. Por primera vez, sintió que tenía un propósito más grande que solo estudiar. Un día, sin decirle nada a su madre, se puso un overol rojo y se unió a la primera línea en una protesta. El miedo lo invadió cuando comenzaron los enfrentamientos, pero también sintió una adrenalina que nunca había experimentado.

Con el tiempo, Amaro se convirtió en un rostro conocido entre los estudiantes movilizados. Participaba en asambleas, organizaba marchas y pintaba murales con mensajes de justicia social. Pero a medida que se sumergía en este nuevo mundo, comenzó a notar algo que lo inquietaba: la lucha, aunque necesaria, a veces parecía perder su rumbo.

Una tarde, después de una jornada especialmente violenta, Amaro se sentó solo en el patio del instituto. Las paredes estaban llenas de consignas, pero algunas parecían más rabiosas que reflexivas. Recordó a su madre, quien trabajaba largas horas para mantenerlos. Recordó también las razones por las que habían venido a Chile: buscar oportunidades, construir un futuro.

Joaquín se acercó y lo encontró perdido en sus pensamientos. "¿Qué te pasa, Amaro? ¿Estás bien?", preguntó.

Amaro lo miró con seriedad. "Joaquín, ¿alguna vez te has preguntado si estamos haciendo esto de la forma correcta? No sé si romper todo o enfrentarnos a golpes es realmente el camino. Mi mamá me enseñó que la lucha más grande es la que hacemos con nuestras acciones, con nuestro ejemplo".

Joaquín se quedó en silencio por un momento. "A veces siento lo mismo", admitió. "Pero en este sistema, si no gritas, nadie te escucha".

Amaro reflexionó sobre esas palabras. Comprendió que la lucha era necesaria, pero también que debía tener un propósito claro. No quería que lo recordaran solo como un "overol rojo ", sino como alguien que realmente había aportado a un cambio significativo.

Desde ese día, Amaro comenzó a buscar otras formas de aportar. Siguió participando en el movimiento estudiantil, pero también organizó talleres para estudiantes más jóvenes, donde hablaba de derechos, pero también de empatía y diálogo. Comenzó a escribir sobre sus experiencias como migrante, compartiendo su historia y buscando inspirar a otros a luchar desde sus propios espacios.

Un día, mientras volvía a casa después de una jornada en el instituto, su madre lo detuvo en la puerta. "Estoy orgullosa de ti, hijo", le dijo con lágrimas en los ojos. "No importa cómo luches, mientras lo hagas con el corazón y sin perderte a ti mismo".

Amaro supo entonces que el verdadero cambio no solo estaba en las calles o en los gritos, sino también en las decisiones diarias, en las palabras que elegimos y en las acciones que construyen un futuro mejor.

Y así, con el overol rojo guardado en el fondo del clóset, pero con su espíritu intacto, Amaro siguió luchando, demostrando que el verdadero poder estaba en transformar no solo al sistema, sino también a uno mismo.

Amaro.